

THOMAS
MANN



JOSÉ
Y SUS
HERMANOS

JOSÉ EN EGIPTO



Obra fundamental es la tetralogía *José y sus hermanos* (1933–1943), una imaginativa versión de la historia bíblica de José, relatada en los capítulos 37 a 50 del Libro del Génesis. El primer volumen cuenta el establecimiento de la familia de Jaacob, el padre de José. El segundo relata la vida del joven José, que aún no ha recibido las grandes dotes que le esperan, y su enemistad con sus diez hermanos, los cuales acaban traicionándolo y vendiéndolo como esclavo a Egipto. En el tercer tomo José se convierte en mayordomo de Putifar, pero acaba encarcelado al rechazar las insinuaciones de la esposa de su benefactor. El último libro muestra al maduro José en el cargo de administrador de los graneros de Egipto. El hambre atrae a los hermanos de José a este país, y José organiza hábilmente una escena para darse a conocer a aquéllos. Al final, la reconciliación reúne de nuevo a toda la familia.

El autor de *La montaña mágica* levanta con esta tetralogía una catedral verbal donde tienen cabida la leyenda bíblica —la historia de José— y materiales eruditos, es decir, elementos de la arqueología, de la mitología, de la historia de las religiones, de la dialectología. Esta aventura narrativa constituye todo un acontecimiento en el panorama editorial hispanoamericano.

Capítulo primero

La bajada a Egipto

Del silencio de los muertos

—¿A dónde me conduces? —preguntó José a Kedma, uno de los hijos del anciano, mientras en la colina bañada de luna, al pie de los montes del «Pastor», levantaban las tiendas para dormir.

Kedma le miró.

—Eres gracioso —dijo, y movió la cabeza en señal de que en su pensamiento la palabra «gracioso» tenía una acepción que difería de su significación real, y que entendía en el sentido de simple, de impertinente y de singular—. «¿Adónde te conducimos?». Pero ¿te conducimos acaso? No te conducimos, de ninguna manera. Te encuentras, por azar, con nosotros, porque mí padre te ha comprado a tus duros amos, y nos acompaña adonde vamos. Eso, en verdad, no se llama «conducir».

—¿No? Sea —replicó José—. Yo preguntaba, pues: ¿dónde me conduce Dios, ahora que os acompaño?

—Eres y sigues siendo gracioso —repuso el madianita—, y tu manera de colocarte en el centro de todo hace que uno ya no sepa si es preciso asombrarse o irritarse. ¿Te figuras tú, «Hola», que viajamos para llevarte a un lugar definido, donde tu Dios quiere que estés?

—No pienso en ello —respondió José—. Bien sé que vosotros, mis amos, viajáis a vuestro antojo, según vuestra conveniencia, no consultando sino vuestro agrado; mi pregunta no pretendía en absoluto ofender vuestra dignidad, ni tampoco vuestra soberanía. Pero, ya lo ves, el mundo tie-

ne más de un centro, uno para cada ser, y particular a cada uno de sus seres. No estás sino a medio codo de mí, pero un círculo universal te rodea, cuyo punto central eres tú, no yo. Y el centro de mi universo soy yo. De aquí que los dos aspectos de la cuestión sean exactos, según se trate de ti o de mí; pues nuestros dos círculos no están de tal modo alejados el uno del otro como para que no se toquen. Dios los ha tan estrechamente aproximado, confundido y cruzado, que vosotros, ismaelitas, que viajáis, quede entendido, en total independencia y a vuestro antojo, sois también, en la medida en que los dos círculos se cortan, el medio y el instrumento que me permitirán alcanzar mi propio fin. Por eso te preguntaba adonde me conducís.

—¡Vaya, vaya! —dijo Kedma, y siempre le miraba de la cabeza a los pies, apartado el rostro de la estaca que iba a clavar en la tierra—. Curiosas ocurrencias las tuyas; tu lengua es ágil como el icneumón. Le contare al viejo, mi padre, cómo tú, hijo de perro, te permites raciocinar y meter la nariz en la sabiduría, cómo es eso que seas tú sólo el centro de un universo, y que estemos destinados a servirte de guías. Ten cuidado, que se lo diré.

—No dejes de hacerlo —replicó José—. Aquello no podrá dañarme. El señor, tu padre, se sentirá tan impresionado que, si piensa en hacer de mí un objeto de venta, vacilará en cederme a poco precio, o al primero que se presente.

—¿Estamos aquí para charlar —interrogó Kedma—, o para levantar una tienda? —Le invitó a que le ayudara, y, mientras se daba prisa, prosiguió:

—Me preguntas demasiado al desear saber adonde vamos. No vería inconveniente en informarte, si lo supiera; pero eso depende del viejo, de mi padre; nunca obra sino a su antojo, y nosotros nos damos cuenta en seguida. Sin embargo, claro es que nos conformamos, al parecer de tus duros amos, los pastores: evitamos penetrar en el interior de las tierras, hacia la línea de división de las aguas, y tomamos la dirección del mar y de los llanos de la costa. Des-

pués de haberlas bajado día tras día, llegaremos al país de los filisteos, a las ciudades de los mercaderes nómadas y a las fortalezas de los piratas. Acaso se te venda por allá, en alguna parte, para que remes en las galeras.

—No lo deseo —dijo José.

—No tienes por qué formular deseo alguno. El viejo no hace sino lo que mejor le parece, y, sin duda, todavía no sabe él mismo dónde se detendrá nuestro viaje. Pero él quisiera hacernos creer que todo lo ha previsto de antemano, y nosotros fingimos convencimiento, Efer, Mibsam, Kedar y yo... Te cuento esto porque el azar nos ha reunido para que levantemos las tiendas: de otro modo, no tendría razón ninguna para hablarte. Bien quisiera que el viejo no te cambiara muy pronto por púrpura y aceite de cedro, y que permanecieras con nosotros todavía, para que nos cuentes otras cosas acerca de esos círculos del universo de que cada humano es el centro, y su manera de entrecruzarse.

—Cuando quieras —respondió José—. Sois mis amos y me habéis comprado en veinte siclos, incluidos el espíritu y la lengua. Están, pues, a vuestro servicio, y, en lo que respecta al círculo universal particular de cada uno, podría agregar a este relato muchos otros sobre el milagro de los números de Dios, los cuales no concuerdan por completo, e incumbe al hombre el rectificarlos; y, además, sobre el péndulo, el año de Sirio, la vida que se renueva...

—Pero no ahora —dijo Kedma—. Tenemos que levantar esta tienda, pues el viejo, mi padre, está cansado, y yo también, por lo demás. Mucho me temo no poder seguir ahora a tu lengua en su discurso. ¿Sufres aún del forzado ayuno, y están aún doloridos tus miembros, allí donde las cuerdas les comprimieran?

—Casi nada ya —respondió José—. Después de todo, no pasé sino tres días en el pozo, y el aceite con que me permitisteis que me untara alivió mucho mis miembros. Me encuentro bien; el valor y la capacidad de vuestro esclavo están intactos.

En efecto, le había sido posible limpiarse y frotarse con ungüentos; además, había recibido de sus amos un taparrabo, y, para las horas frescas, una arrugada vestidura blanca, con capuchón, en todo semejante a la del adolescente de abultados labios que sostenía las riendas del viejo. La expresión «sentirse renacer» podría aplicársele más que a nadie desde la creación del mundo hasta nuestros días, pues, en verdad, ¿no acababa de renacer? Entre el presente y el pasado, una quebrada, un profundo abismo se abría: la tumba. Como había muerto joven, sus fuerzas vitales habían podido reconstituirse rápidamente y con facilidad, allende la fosa, lo que, por lo demás, no le impedía establecer una distinción muy clara entre su existencia actual y la anterior, de que esta fosa fuera el resultado. No se consideraba ya como el antiguo José, sino como un José nuevo. Si estar muerto significa: estar indisolublemente unido a un estado que prohíbe aunque sea una señal, aunque sea un saludo hacia atrás, o reanudar el menor contacto con la vida pasada; si esto significa: ser borrado de esta vida, estar mudo ante ella, sin licencia ni posibilidad de transgredir este silencio siquiera con un gesto, en tal sentido, José estaba bien muerto, y el aceite con que se frotara, una vez desprendido de las impurezas de la fosa, no era otro que el que se pone al muerto en su tumba, para que se pueda ungió en el otro mundo.

Insistimos en este punto porque nos parece urgente lavar a José, en el presente y en el porvenir, de un reproche que suscita a menudo el examen de su historia. Se han preguntado —censura implícita— por qué, escapado de su agujero, no tendió todos sus esfuerzos a restablecer el vínculo con el deplorable Jacob y a informarle que estaba vivo. La ocasión propicia, verosímilmente, debió presentarse bastante pronto; y aun, a medida que el tiempo pasaba, tornándose cada vez más fácil al hijo la posibilidad de informar al padre engañado, no puede uno defenderse de un escandalizado asombro al comprobar que le descuidó.

Pero este reproche establece una confusión entre los actos que le eran posibles a José y sus íntimas virtualidades; no tiene en cuenta los tres negros días que precedieron a su resurrección: en las angustias en que se debatía, esos tres días le obligaron a reconocer la mortal aberración de su vida de otro tiempo, y a pensar en el renunciamiento a tal vida; le enseñaron a justificar la confianza de sus hermanos, que le tenían por muerto. Su propósito de no quebrar esta confianza era tanto más firme cuanto que, no siendo espontáneo, constituía una necesidad tan involuntariamente, tan lógicamente imperativa como el silencio del fallecido. En efecto, no es por falta de ternura por lo que el muerto calla con aquéllos a quienes ama sino porque a ello se ve obligado. No fue, pues, por crueldad por lo que José guardó silencio para con su padre. Muy al contrario, su mutismo le agobiaba con un peso que iba aumentando —puede uno creerlo— y no le fue menos pesado de lo que al muerto le es la tierra que lo cubre. Sentía lástima del anciano que, bien lo sabía le había mimado más que a su vida; él mismo, que le tuviera una ternura naturalmente penetrada de gratitud, le había arrastrado con él a la tumba; su piedad le inducía en tentación y de buena gana le hubiera movido a ciertos pasos inconsiderados; pero ante un sufrimiento nacido del nuestro, la piedad que sentimos es de una calidad particular, claramente más dura y frígida que la que nos inspira la vista de un sufrimiento ajeno a nosotros. José había cruzado por pruebas terribles y recibido lecciones crueles que aligeraban el fardo de su piedad para con Jacob; y la conciencia de su común responsabilidad le hacía aparecer la desesperación de su padre dentro, hasta cierto punto, del orden natural. La muerte le amordazaba, le retenía de infligir un desmentido a la sangrienta señal que debía haber recibido Jacob; pero el hecho de que Jacob, fatalmente, irrecusablemente, considerara la sangre de la bestia como de su hijo, actuaba en choque de retroceso sobre José también y abolía a sus ojos la distinción práctica

entre «ésta es mi sangre» y «ésta simboliza mi sangre». Pues desde el momento en que Jacob le tenía por muerto, y siendo su convicción de carácter irrefutable, ¿no estaba, en verdad, muerto José?

Lo estaba. ¿Qué mejor prueba que su silencio para con su padre? El reino de los muertos le retenía, o, más bien, iba a retenerle: que hacia él se encaminaba y que los madianitas le guiaban hacia aquel país, no tardó en saberlo.

Ante el amo

Después de abandonar el monte Kirmil, habían caminado ya durante varios días por las arenas, a orillas del gran mar, cuando un atardecer, mientras José se hallaba ocupado en cocer unos panes sobre ladrillos, un servidor de nombre Ba'almahar le dijo: «Tienes que ir donde el amo».

José había afirmado que él sabía, de un modo superior, hacer panes; y en efecto, aunque en ello aún no se hubiera ensayado, no habiéndoselo pedido nadie, lo hizo a maravilla, por la gracia de Dios. A la puesta del sol, el campamento había sido levantado para la noche, al pie de la línea de dunas cubiertas de cañas que, desde algunos días, hacían al convoy una compañía monótona. El calor era vivo. Ahora, del cielo empalidecido, caía un apaciguamiento. La costa se extendía, color violeta. Con un rumor de seda, el mar venía a morir en olas lisas y extensas, en la orilla húmeda y espejeante de la playa que los supremos resplandores purpurinos del astro declinante teñían de cinabrio y oro. Reposaban los camellos amarrados a sus estacas. No lejos de la costa, un velero de breve mástil, provisto de una larga verga en que se entrelazaban las jarcias, avanzaba a golpe de remos, remolcando hacia el sur una embarcación maciza, cargada de madera, al parecer, con dos pilotos por toda tripulación. En la proa del velero, una cabeza de animal se erguía muy alta por encima del agua.

—Donde el amo —repitió el servidor—. Te llama por boca mía. Está sentado en la estera de su tienda, y ordena que te presentes ante él. Como yo pasara por ahí, me ha

llamado por mi nombre. Ba'almahar, y me ha dicho: «Envíame a nuestra nueva adquisición, al muchacho que pusieran en penitencia, al hijo de los cañaverales, al "¡Hola!" del pozo, porque quiero interrogarlo».

—¡Ah! —se dijo José—. ¿Kedma le ha hablado, pues, de los círculos del universo? Muy bien. Sí —prosiguió— se ha expresado así porque a ti, Ba'almahar, no hubiera sabido explicar de otro modo a quién designaba; está obligado, mi amigo, a ponerse a tu nivel.

—Evidentemente —replicó su interlocutor—. Por lo demás, ¿cómo hubiera podido decir? Cuando es a mi a quien quiere ver, ordena: que me envíen a Ba'almahar. Pues éste es mi nombre. Pero contigo es más complicado, ya que no eres sino un muchacho a quien se silba.

—¿Acaso desea verte sin cesar —replicó José—, no obstante tu cabeza algo tiñosa? Ahora, ándate. Gracias por tu comunicación.

—No pienses en eso —exclamó Ba'almahar—. Has de seguirme al instante, tengo que llevarte. Me reprenderían si no acudieras.

—Sin embargo —replicó José—, estos panes deben quedar cocidos antes de que me vaya de aquí. Quiero llevarlos para que el amo saboree mi obra; son extraordinariamente buenos. Quédate tranquilo y aguárdame.

A pesar de las llamadas insistentes del esclavo, José terminó de cocer los panes, luego se irguió sobre sus talones y dijo:

—Voy.

Ba'almahar le escoltó hasta donde el viejo, sentado contemplativamente sobre su estera, en la angosta entrada de su tienda de viaje.

—Oír es obedecer —dijo José, y saludó.

Fijos los ojos en las rojeces del crepúsculo que se borra, el viejo inclinó la cabeza; después, con oblicuo movimiento del puño, alzó una de sus manos ociosas, en señal de que despedía a Ba'almahar.

—Sé que te sientes el ombligo del universo.

José meneó, sonriendo, la cabeza.

—¿Qué han podido escuchar por allá —respondió— y qué he podido expresar incidentalmente y arrojar en la corriente de la conversación, para que mis palabras traídas a mi amo hayan sido a tal punto desnaturalizadas? ¿Qué? ¡Ah, sí!, ya caigo: he dicho que tiene varios centros el mundo, tantos como en la tierra hay de individuos que dicen «yo», un centro para cada uno de ellos.

—Quedamos en lo mismo —declaró el anciano—. ¿De manera que, en verdad, has dicho tales inepticias? Nunca he oído nada semejante, tanto como he viajado, y bien veo que eres el blasfemo, el ganapán que me pintaran tus anteriores amos. ¿Adónde iríamos si cada infeliz, cada mozalberte salido del montón, se tomara por el ombligo del mundo, donde estuviera, donde fuese, y qué haríamos con tantos centros del universo? Cuando gimoteabas en tu pozo, al que, ahora me doy cuenta, fuiste muy justamente precipitado, ¿era este pozo el centro sagrado del universo?

—Dios lo había santificado —respondió José—, ya que sobre él velaba y en él no me dejó perecer, sino que os hizo pasar por aquel camino, de suerte que asegurarais mi salvación.

—¿De suerte, pues, que te salváramos? —preguntó el viejo—. ¿O a fin de tu salvación?

—De suerte... y a fin... —respondió José—. Ambas cosas, según el punto de vista de cada cual.

—No eres sino un charlatán. Hasta ahora, se preguntaba uno si era Babel el centro del universo, con su torre, o la ciudad de Abot, sobre el río Hapi, donde yace, bajo tierra, el Primero de Occidente. Tú multiplicas la pregunta. ¿A qué dios perteneces?

—A Dios, el Señor.

—¡Vaya! A Adón; y te lamentas al ponerse el sol. Esto es cosa que me place y que, al menos, es aceptable. Es mejor

que oírte decir: «Soy un punto central», como si fueras demente. ¿Qué tienes en la mano?

—Un pan que he cocido para mi amo. Hago extraordinariamente bien los panes.

—¿Extraordinariamente? Pasa.

El viejo tomó el pan, que volvió en todos sentidos, luego lo mordió de lado, porque carecía de incisivos. El pan estaba tan bueno como podía estarlo, y no mejor. Pero el anciano pronunció:

—Es bueno. No digo «extraordinario», porque ya tú mismo lo has dicho. Debiste dejarme decirlo. Sin embargo, es bueno. Aun, es excelente —agregó, masticándolo—. A menudo me harás unos semejantes.

—Así se hará.

—¿Es cierto que sabes escribir y que podrías hacer una lista de cualquier mercadería?

—Simple juego para mí —respondió José—. Conozco la escritura de los hombres y la escritura hierática, haciendo uso del estilo o de la caña, a elección.

—¿Quién te las ha enseñado?

—El mayordomo nuestro. Un servidor lleno de sabiduría.

—¿Cuántas veces siete hay en setenta y siete? ¿Dos veces, probablemente?

—Dos veces, si sólo se consideran los signos escritos; pero, según el sentido, hay que tomar la cifra siete una vez, luego dos veces, luego ocho veces, para llegar a setenta y siete: pues siete, catorce y cincuenta y seis, sumados, dan este número. Y uno, dos, más ocho, hacen once: lo he encontrado, pues: siete está contenido once veces en setenta y siete.

—¿Tan pronto descubres un número escondido?

—Pronto o no.

—Sin duda, lo conocías ya por experiencia. Pero, supongamos que poseo un pedazo de tierra tres veces del tamaño del prado de mi vecino Dagantakala: éste compra una

fanega para redondear su propiedad, y mi terreno no es ya sino el doble del suyo. ¿Cuántas fanegas miden ambos campos?

—¿Reunidos? —preguntó José, poniéndose a calcular.

—No: cada uno, separadamente.

—¿Tienes un vecino llamado Dagantakala?

—Así llamo al propietario del segundo campo de mi problema.

—Veo y comprendo. Dagantakala..., a juzgar por su nombre, debe ser del país de Pelechet, del país de los filisteos, hacia el cual parece que nos dirigimos, a voluntad tuya. No existe en absoluto, pero se llama Dagantakala y cultiva con satisfacción su pequeño campo que desde hace poco mide tres fanegas; no envidia a mi amo ni a su predio de seis fanegas; esto, por una parte, porque ha agrandado su propio terreno, que ahora tiene tres fanegas en vez de dos, y, por otra parte, porque no existen más que ambos campos, los cuales, reunidos, representan nueve fanegas, y esto es lo cómico. Sólo mi amo existe y su cerebro imaginativo.

El viejo parpadeaba, vacilando en comprender que José había resuelto el problema.

—¿Y bien? —preguntó—. ¡Pero, sí, eso es! Has encontrado la solución, y no me daba cuenta, porque has mezclado tan diestramente tu solución y tu relato, adornándolo de palabrería, hasta el punto de que casi se me ha escapado. Es exacto: seis, dos y tres, ésas son las cifras. Estaban ocultas, veladas; y no sé cómo tan pronto las has traído a luz, charlando...

—No hay más que fijar una firme mirada en lo desconocido: los velos caen y asoma lo conocido.

—Río a mi pesar —dijo el anciano— al ver cómo has sacado tu conclusión sin enredo ninguno. Me veo obligado a reír de todo corazón.

Y se echó a reír de buenas ganas con su desdentada boca, Inclinando sobre el hombro la cabeza que no cesaba de

agitar. Luego se puso serio y sus ojos aún húmedos parpadearon.

—Ahora, escucha, «Hola» —dijo—, y respóndeme con franqueza y según la verdad. Dime, ¿eres en verdad un esclavo, el hijo de nadie, un hijo de perro, un ínfimo servidor de la extracción más baja, duramente castigado por repetidos errores y ofensas a las buenas costumbres como los pastores lo afirmaron?

José bajó los párpados y arqueó los labios en una mueca muy suya, que hacía sobresalir un poco el labio inferior.

—Tú, mi amo —dijo—, me has planteado un problema que me era desconocido, para probarme; pero al mismo tiempo no me has dado la solución, pues en tal caso no hubiese habido prueba. Ahora, es a ti a quien Dios pone ante lo desconocido y quisieras que en seguida se te diese la explicación y que el interrogador responda por el interrogado. No es así como ocurren las cosas en este mundo. ¿No me has sacado, del pozo, donde como un cordero me ensuciaba en mis propios excrementos? ¡Qué hijo de perro debo de ser, y cuan grande es mi perversidad! Yo he agitado en mi cabeza, en todos sentidos, las cifras que me has indicado, el doble, el triple, y he calculado las proporciones para encontrar la justa respuesta. Calcula a tu vez, si te place, considera el castigo, el delito, así como la bajeza de mi extracción, y fatalmente ésta manará de todo aquello.

—Mí Problema contenía su respuesta en sí: los números son claros y solubles. Pero ¿quién me garantiza que la vida es como ellos y que lo conocido no nos induzca a error sobre lo desconocido? Aquí, varias cosas parecen no concordar.

—Esto también hay que tenerlo en cuenta. Si la vida no es como los números, en cambio ella está extendida ante ti para que la examines con tus propios ojos.

—¿De dónde proviene el talismán, la piedra que tienes en el dedo?